

lo muy familiares que le eran los estudios fisiológicos.

— Subamos, señores, — dijo Poulain.

El señor de Mayneville pasó el primero, siguióle Nicolás Poulain; los de las capas fueron tras de éste, y Roberto Briquet tras los de las capas.

Todos subieron los peldaños de una escalera exterior que conducía á una bóveda.

Roberto Briquet subía como los otros, aunque murmurando :

— ¿ Pero el paje ? ¿ en dónde diablos está ese paje ?

XI.

Aun la Liga.

En el momento en que Roberto Briquet subía la escalera detrás de todo un mundo, dándose un aire bastante decente de conspirador, percibió que Nicolás Poulain, después de haber hablado á sus misteriosos colegas, aguardaba á la puerta de la bóveda.

— Debe ser por mí, — se dijo Briquet.

En efecto, el teniente del prebostazgo detuvo á su nuevo amigo en el mismo momento en que éste iba á pasar el temible umbral.

— Usted no se incomodará conmigo, — le dijo ; — pero la mayor parte de nuestros amigos no le conocen á usted, y desean tomar informes antes de admitirle á su consejo.

— Es muy justo, — respondió Briquet, — y ya sabe usted que mi natural modestia había previsto esta objeción.

— Le hago á usted justicia, replicó Poulain, — es usted un hombre completo.

— Me retiro, pues, — prosiguió Briquet, muy contento por haber visto en una sola noche á tantos valientes defensores de la Unión católica.

— ¿ Quiere usted que yo le acompañe ? — preguntó Poulain.

— No, gracias; no merece la pena.

— Es que pueden poner á usted dificultades á la puerta, aunque, por otra parte, me están aguardando.

— ¿ No hay una contraseña para salir ? No le reconoceré á usted por eso, maese Nicolás; porque no sería prudente.

— Sí hay.

— Pues bien, démela usted.

— En resumidas cuentas, puesto que usted ha entrado...

— Y que somos amigos.

— Sea; no tiene usted más que decir: *Parma y Lorena*.

— ¿ Y me abrirá el portero ?

— Al instante.

— Muy bien, gracias. Vaya usted á sus negocios, que yo me vuelvo á los míos.

Nicolás Poulain se separó de su compañero y fué á incorporarse á sus colegas.

Briquet dió algunos pasos como para bajar al patio, pero así que llegó al primer escalón, se detuvo, á fin de explorar las localidades.

El resultado de sus observaciones fué que la bóveda se prolongaba paralelamente al muro exterior, que ella guarecía por medio de un ancho sobradillo. Era evidente que aquella bóveda comunicaba con alguna sala baja, propia para aquella misteriosa reunión á que Roberto Briquet no había tenido el honor de ser admitido.

Lo que le confirmó en esa suposición, que muy luego se confirmó en certidumbre, fué que vió aparecer una luz á una ventana enrejada, abierta en la pared, y defendida por una especie de embudo de madera, como el que hoy se pone á las ventanas de las cárceles ó de los conventos para interceptar la vista de afuera, y no dejar más que el aire y el aspecto del cielo.

Briquet pensó que aquella ventana era la de la

sala de las reuniones; que si pudiese llegar hasta ella, el sitio sería favorable á las observaciones, y que, colocado en aquel observatorio, podía el ojo suplir fácilmente á los otros sentidos. La dificultad estaba sólo en llegar hasta aquel observatorio, y colocarse allí de manera que pudiese ver sin ser visto.

Briquet miró alrededor suyo.

Estaban en el patio los pajes con sus caballos, los soldados con sus alabardas, y el portero con sus Haves: en suma, toda ella gente alerta y previsora.

Afortunadamente, el patio era muy grande y la noche estaba muy obscura.

Además, los pajes y soldados, habiendo visto á los afiliados desaparecer bajo la bóveda, no se ocupaban ya de nada, y el portero, seguro de que las puertas estaban bien cerradas, y de la imposibilidad de salir sin la contraseña, no se ocupaba más que de arreglar su cama para la noche, y de cuidar un hermoso escalfador de vino con especias, que estaba calentando á la lumbre.

Hay en la curiosidad estimulantes tan enérgicos como en toda pasión. Ese deseo de saber es tan grande, que ha devorado la vida de más de un curioso.

Briquet había recogido hasta allí bastantes datos

para no desear completarlos. Echó una mirada en torno suyo, y fascinado por la luz que aquella ventana enviaba hasta las rejas de hierro, creyó ver en aquel reflejo una señal de llamada, y en aquellas rejas tan relucientes alguna provocación á sus robustos puños.

En consecuencia, resuelto á alcanzar su embudo, se delizó á lo largo de la cornisa que, desde la gradería exterior que aquella parecía continuar como un adorno, iba á dar á la ventana, y siguió la pared como habría podido seguirla un gato ó un mono marchando á gatas por las esculturas de la misma pared.

Si los pajes y soldados hubiesen podido distinguir en la sombra aquella silueta fantástica deslizándose en medio de la pared sin apoyo aparente, de seguro que no habrían podido menos de gritar: magia; y más de uno de aquellos valientes habría sentido erizarse sus cabellos.

Pero Roberto Briquet no les dejó tiempo para ver sus brujerías. De cuatro zancajadas llegó á las rejas, se agarró á ellas, y se metió entre ellas y el embudo, de manera que no pudiesen percibirle de afuera, y que de dentro estuviese casi oculto por la misma reja.

Briquet no se había engañado, y quedó abun-

dantemente recompensado de sus penas y de su audacia, cuando se vió allí.

En efecto, su vista abarcaba una gran sala alumbrada por una lámpara de hierro con cuatro mecheros, y llena de armaduras de toda especie, entre las que, examinando bien, hubiera podido reconocer sus brazaletes y grebas.

Las picas, estoques, alabardas y mosquetes que allí había, colocados en montones ó en pabellones, hubieran bastado para armar cuatro buenos regimientos.

Sin embargo, Briquet fijó menos la atención en las armas que en la asamblea encargada de ponerlas en uso ó de distribuirlas. Sus ardientes miradas penetraban el vidrio espeso y dado de una crasa capa de humo y polvo, para adivinar los rostros conocidos bajo las viseras ó las capuchas.

— ¡ Oh, oh ! — dijo. — Allí está maese Crucé, nuestro revolucionario... Aquí tenemos á nuestro pequeño Brigard, el especiero de la esquina de la calle de los Lombardos... hé allí maese Leclerc, que se da el nombre de Bussy, y que ciertamente no se hubiera atrevido á cometer semejante sacrilegio en vida del verdadero Bussy. Será preciso que algún día pregunte yo á ese antiguo maestro de esgrima,

si conoce el bote secreto que ha muerto en Lyon un cierto David, conocido mío. La clase media está grandemente representada, pero la nobleza... ¡ Ah ! el señor de Mayneville, ¡ Dios me perdone ! estrecha la mano de Nicolás Poulain ; es muy tierno, se fraterniza... ¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ conque ese señor de Mayneville es orador ? Me parece que se dispone á pronunciar una arenga. Tiene el gesto afable, echa unas miradas persuasivas.

Y en efecto, el señor de Mayneville había principiado un discurso.

Roberto Briquet meneaba la cabeza mientras hablaba el señor de Mayneville, no porque pudiese entender una sola palabra de la arenga, sino porque interpretaba sus ademanes y los de la asamblea.

— No parece que persuade mucho á su auditorio. Crucé le hace gestos. Lachapelle Marteau le vuelve la espalda, y Bussy Leclerc se encoge de hombros. ¡ Animo, ánimo, señor de Mayneville ! hablad, suadad, soplad, sed elocuente, ¡ cuerpo de Crispo !... ¡ Oh ! Acabáramos ; hé ahí que se reanima el auditorio... ¡ Oh, oh ! se acercan á él, le estrechan la mano, arrojan al aire los sombreros... ¡ Diablo !

Briquet, como hemos dicho, veía y no podía oír ;

pero nosotros que asistimos en espíritu á las deliberaciones de la borrascosa asamblea, vamos á decir al lector lo que en ella acababa de pasar.

Primeramente, Crucé, Marteau y Bussy se habían quejado al señor de Mayneville de la inacción del duque de Guisa.

Marteau, como procurador, había tomado la palabra.

— Señor de Mayneville, — había dicho, — ¿venís de parte del duque Enrique de Guisa? Gracias. Nosotros os aceptamos como embajador, pero nos es indispensable la presencia del mismo duque. Después de la muerte de su glorioso padre, á la edad de diez y ocho años, ha hecho adoptar á todos los buenos franceses el proyecto de la Unión, y nos ha alistado á todos bajo esta bandera. Según nuestro juramento, hemos expuesto nuestras personas y sacrificado nuestra fortuna por el triunfo de esta santa causa, y hé ahí que, á pesar de nuestros sacrificios, nada se progresa, nada se decide. ¡Tened cuidado, señor de Mayneville! porque se cansarán los parisienses, y una vez cansado París, ¿qué se hará en Francia? El señor duque debiera pensar en ello.

Este exordio obtuvo la aprobación de todos los de

la Liga, y Nicolás Poulain, especialmente se distinguió por su celo en aplaudirlo.

El señor de Mayneville respondió con sencillez:

— Señores, si nada se decide, es porque no está en sazón aún. Os ruego que examinéis la situación. El señor duque y su hermano el señor cardenal se hallan en Nancy en observación. El uno está levantando un ejército destinado á contener á los hugonotes de Flandes que el duque de Anjou quiere arrojar sobre nosotros para ocuparnos; el otro despacha correo tras de correo á todo el clero de Francia y al Papa para hacer adoptar la Unión. El señor duque de Guisa sabe lo que vosotros no sabéis, señores; sabe que esa antigua alianza, mal rota entre el duque Anjou y el Bearné, está para anudarse de nuevo. Trátase de ocupar la España por el lado de la Navarra, y de impedirle que nos envíe armas y dinero. El señor duque, antes de hacer nada, y sobre todo antes de venir á París, quiere hallarse en estado de combatir la herejía y la usurpación. Pero á falta del señor de Guisa, tenemos al señor de Mayenne que se multiplica como general y como consejero, y á quien aguardo de un momento á otro.

— Es decir, — interrumpió Bussy, y fué en este

momento cuando se encogió de hombros, — que vuestros príncipes están siempre en donde nosotros no estamos, y jamás en donde necesitamos que estén. ¿Qué hace, por ejemplo, madama de Montpensier?

— Caballero, madama de Montpensier ha entrado esta mañana en París.

— ¿Y nadie la ha visto?

— Sí tal, caballero.

— ¿Y quién la ha visto?

— Salcedo.

— ¡Oh, oh! — exclamó toda la asamblea.

— Pero, — dijo Crucé, — ¿según eso se ha hecho invisible?

— No enteramente, sino inaprehensible, como espero.

— ¿Y cómo se sabe que está aquí? — preguntó Nicolás Poulain. — No presumo que sea Salcedo quien os lo ha dicho.

— Sé que está aquí, — respondió Mayneville; — porque la he acompañado hasta la puerta de San Antonio.

— He oído decir que habían cerrado las puertas, — interrumpió Marteau que codiciaba la ocasión de enjaretar un segundo discurso.

— Sí, señor, — respondió Mayneville con su imperturbable urbanidad, de la que ningún ataque podía hacerle salir.

— ¿Cómo ha hecho ella que se las abrieran?

— Á su manera.

— ¡Ah! ¡Ella tiene el poder de hacer que le abran las puertas de París! — dijeron los de la Liga, celosos y suspicaces como son siempre los pequeños cuando se ligan con los grandes.

— Señores, — dijo Mayneville, — pasaba esta mañana en las puertas de París una cosa que parecéis ignorar, ó cuando menos no saber sino de un modo vago. Se había dado la consigna de no dejar pasar la barrera más que á los que fuesen portadores de un salvoconducto. ¿De quién debía estar visado ese salvoconducto? Lo ignoro. Delante de nosotros, en la puerta de San Martín, han venido cinco ó seis hombres, cuatro de ellos bastante pobremente vestidos y de bien malas trazas, que eran portadores de esos billetes obligados y han pasado por frente de nosotros. Algunos de ellos tenían la insolente bufonería de los que se creen en país conquistado. ¿Quiénes eran esos hombres, qué salvoconductos eran aquéllos? respondednos, señores de

Paris, vosotros que estáis encargados de no ignorar nada relativo á los negocios de vuestra ciudad.

Así Mayneville de acusado se había hecho acusador, que es el gran arte de la oratoria.

— ¡Salvosconductos... Personas aisladas... Admisiones excepcionales á las puertas de París!... ¡ Oh, oh ! ¿ qué quiere decir eso ? — preguntó Nicolás Poulain muy pensativo.

— Si vosotros que habitáis aquí, no sabéis esas cosas, ¿ cómo las hemos de saber nosotros que habitamos la Lorena, pasando todo nuestro tiempo en correr los caminos para unir los dos cabos de ese círculo que se llama Unión ?

— ¿ Y esos hombres, en fin, cómo venían ?

— Los unos á pie, los otros á caballo; unos solos, otros con lacayos.

— ¿ Son gente del rey ?

— Tres ó cuatro tenían trazas de mendigos.

— ¿ Son militares ?

— Sólo tenían dos espadas entre los seis.

— ¿ Son extranjeros ?

— Los creo gascones.

— ¡ Puf ! — exclamaron algunas voces con un acento de desprecio.

— No importa, — dijo Bussy; — aunque fuesen turcos deben despertar nuestra atención. Se tomarán informes acerca de ellos. Señor Poulain, este es un asunto de vuestra incumbencia. Pero todo eso no nos dice nada de los asuntos de la Liga.

— Hay un nuevo plan, — respondió el señor de Mayneville. — Mañana sabréis que Salcedo, que ya nos había vendido, y que debía vendernos otra vez, no solamente no ha hablado, sino que se ha retractado en el cadalso, y eso gracias á la duquesa que, arrastrada tras uno de aquellos portadores de salvosconductos, tuvo el valor de penetrar hasta el cadalso á riesgo de ser ahogada mil veces, y de hacerse ver del paciente con peligro de ser reconocida. En aquel momento se detuvo Salcedo en su efusión; un instante después nuestro valiente verdugo le cortó su arrepentimiento. Así, señores, nada tenéis que temer en cuanto á nuestras empresas de Flandes. Ese terrible secreto se ha ido á sepultar en una tumba.

Esta última frase fué la que atrajo á los de la Liga alrededor del señor de Mayneville.

Briquet adivinaba su alegría por sus movimientos; aquella alegría le inquietaba mucho, y pareció tomar una resolución definitiva.

Se dejó deslizar desde el alto de su embudo sobre el pavimento del patio, y se dirigió hacia la puerta, en donde, habiendo dicho las dos palabras *Parma y Lorena*, el portero le dejó libre el paso.

Una vez en la calle, maese Roberto Briquet respiró con tanto estrépito, que denotaba hacia largo tiempo estaba reteniendo la respiración.

El conciliábulo seguía: la historia nos dice lo que en él pasaba.

El señor de Mayneville traía de parte de los Guisas á los futuros insurrectos de París todo el plan de la insurrección.

No se trataba nada menos que de degollar á los personajes importantes de la ciudad conocidos por estar en favor del rey; de recorrer las calles gritando: ¡ *Viva la misa!* ¡ *Mueran los políticos!* y de encender así un nuevo San Bartolomé con los viejos despojos del antiguo; sólo que en el nuevo se confundía á los católicos que pensaban mal con los hugonotes de toda especie.

Obrando de ese modo se quería servir á dos Dioses: al que reina en el cielo y al que iba á reinar en Francia: al Eterno y al señor de Guisa.

XII.

La cámara de S. M. Enrique III, en el Louvre.

En aquella grande cámara del Louvre, en que nuestros lectores han entrado ya tantas veces con nosotros, y en donde hemos visto al pobre Enrique III pasar tan largas y tan crueles horas, vamos á hallarle otra vez, no ya rey, no ya amó, sino abatido, pálido, inquieto y entregado sin reserva á la persecución de todas las sombras que su recuerdo evoca incesantemente bajo aquellas bóvedas.

Mucho había cambiado Enrique desde aquella